

# La "escolaora dels moros"

(LEYENDA VALLDUXENSE)

Por Octavio Ten



ERA un día de Agosto, ya hace años... Un calor asfixiante inundaba todo el valle de Uxó. Mis amigos sugirieron el ir a bañarnos a la «Cloxa del Canyaret», en el arroyo del barranco de la huerta del Castillo, corrientemente llamado la «Horteta».

¡La «Cloxa del Canyaret!» ¿Quién es el que se precia de vallero y no ha ido a chapuzarse en ella? Nadie, absolutamente nadie que se diga hijo de Vall de Uxó, ha dejado de arrojar desde el trampolín que es la peña alta o desde la piedra escurridiza, al centro de la charca. Charca sin barro, de agua corriente, limpia y cristalina con sus cinco metros de diámetro y medio de profundidad que ha sido y es la delicia de todos los niños de la Vall. Aquella tarde, después de cansarnos y agotarnos en las prácticas de la braza y del buceo, regresábamos hacia nuestras casas, pero al llegar a la unión del camino de la «Horteta» con el del Castillo, decidimos descansar sobre unas rocas con el propósito de que se secasen nuestros cortos y rebeldes cabellos, ya que éstos podían ser la prueba delatora para nuestros padres, de nuestra fechoría de la tarde.

La emotividad del silencio de tan bello lugar solo era turbada por los cantos de las cigarras, el trinar de los pájaros que aplacaban su sed en el arroyo y las palabras de nuestra discusión.

Por aquellos días se había puesto de moda el narrar todas las leyendas que sobre dicha pendiente existían y sobre este asunto era la conversación que entablamos los amigos, mientras esperábamos pasar el rato, al regreso del «Canyaret».

Proseguía la discusión sin llegar a un acuerdo, cuando observé a lo lejos, en el camino que venía del Castillo y en dirección a nosotros, una cabalgadura y detrás

de ella un hombre. Creí reconocer en él al «Tío Generós», el agradable vejete que tanta afición y conocimiento tenía de la dominación sarracena en nuestra comarca.

Efectivamente, era él que en aquellos momentos regresaba de su trabajo y en busca del reposo a su labor cotidiana. Seguían mis amigos entusiasmados en la discusión cuando les interrumpí diciéndoles.

—Mirad, ahí viene el tío Generós y nadie mejor que él nos contará lo aquí acaecido, del modo que a mí me explicó lo de la «Cueva de la agüela Mareta».

Cuando llegó delante de nosotros, nos levantamos todos y entablamos el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, tío Generós; qué, ¿del Castillo y hacia casa?

—Hola «xiquets», sí; vengo del Castillo de recoger la cosecha. ¿Y vosotros, pillastres?, por vuestras cabezas no podéis negar que venís de bañaros en el «Canyaret».

—Si señor, de allí venimos, pero como no queremos que en casa se enteren, ese es el motivo por el que estamos aquí, esperando que el sol seque nuestras cabezas, pero como de algo teníamos que hablar, discutíamos por qué esa pendiente resbaladiza se llama «La escolaora dels moros». Como Vd. nos lo podrá aclarar, le rogamos que nos lo diga.

—Jé!... Jé! .. Jé!... Vaya, os habéis hecho curiosos por saber la historia de nuestro pueblo. Me alegro, chicos, me quedo con vosotros y os narraré el por qué la gente llama a esas rocas «la escolaora dels moros». Pero antes ataré mi acompañante a aquel algarrobo.

Haciéndolo así, el tío Generós comenzó a decir:

«Hacia el año 1238 ejercía el cargo de Valí de Uxó Al-Azarch y se había sometido al rey Jaime I, pero pretextando que los cris-

tianos intentaban desposeer a los moros de su religión, sus casas y sus tierras y deseando vengarse además de aquello de la Cueva de la «Agüela Mareta», sublevó todos los pueblos, villas y caseríos de estos contornos contra la autoridad del Rey D. Jaime.

El Rey, después de conquistar la capital del Reino, se dedicó a someter de nuevo todas estas tierras donde se entablaron violentos combates y poco a poco fueron sometidos otra vez a su autoridad los pueblos sublevados, excepto el valle de Uxó con su castillo y montes colindantes que continuaban fieles a Al-Azarch. Por la posesión de los caseríos del valle hubo gran lucha, pero los árabes fueron derrotados y en Marzo de 1249 ya todos los pueblos con Pipa, Sumet, Alfandech y Casiro fueron reconquistados; pero así como la otra vez los moros prestaron acatamiento al Rey, no ocurrió ahora de esa manera ya que al batirse los sublevados en retirada se refugiaron dispuestos a continuar la lucha, en el Castillo y en las fortificaciones que defendían sus pasos y estribaciones. Las ruínas que se ven detrás de la «escalaora» son de lo que algún día era la finca de verano del caudillo moro; era una villa fortificada que a la vez protegía el Castillo y su rica huerta regada con las aguas del «Anohueret» eran el sustento de los habitantes del Castillo y de la Colonia que había en la «Horteta».

Los cristianos tenían establecido su campamento en lo que hoy es la «Bassa del Espart» y cuando creyeron que la situación de los defensores del Castillo se hacía ya insostenible, iniciaron el ataque. Era esto el día 24 de Marzo de 1250. Les mandaba D. Juan Garcés que en la conquista de Valencia había revelado ya sus grandes dotes militares, disponiendo un plan atrevido y osado que estuvo en un tris de convertirse en desastre, pero al final se realizó con grande y rotundo triunfo.

Dividió sus fuerzas en tres columnas atacantes. La primera, compuesta de sus más aguerridas huestes, tenía por misión atacar de frente a los defensores del barranco de Chacó y de la «Horteta» con el objetivo de apoderarse de la villa de Al-Azarch y de toda la «Horteta» para escalar el Castillo por la parte posterior que es la menos defendible. Estas fuerzas tenían por consigna

atacar lentamente para atraer los refuerzos que pudieran recibir desde el Castillo, los atacados.

La segunda columna bordearía de noche la base del Castillo y desde la fuente de la Cervera iniciaría el ataque con el fin de distraer fuerzas y seguir hacia las minas de la «terreta» con el fin de atacar por la espalda a los moros que luchaban en la «Horteta» y cortarles la retirada.

La tercera iniciaría el ataque desde la «Ereta» y después de derrocar a las avanzadas moras, se deslizaría por «Penyalva» y el «Frontó» para unirse al objeto de copar a los defensores sarracenos. Después de la batalla pernoctaría todo el ejército en la base del Castillo y al día siguiente se reanudaría la lucha con el asalto a los últimos reductos.

Se inició la batalla al clarear el día y en los primeros ataques, que fueron bastante sangrientos, los cristianos tomaron las primeras defensas y prosiguieron adelante, siendo entonces cuando los moros lanzaron desde el Castillo los primeros refuerzos, pero al darse cuenta de que también había fuerzas atacantes en la fuente de la Cervera, mandaron allí al Valí de Alfandech Amet Azard con su hueste, el cual valiéndose de lo escabroso del terreno paralizó el avance de los cristianos por aquella parte.

La primera columna cristiana llegó a la villa de Al-Azarch y allí se entabló fuerte pelea por su posesión ya que desde allí se franqueaba el paso a toda la «Horteta». Llegó un momento, después de varias horas de pelea, en que los moros ya cedían ante el peso de los atacantes, pero entonces Al-Azarch al frente de sus tropas inició el contraataque, para lo cual pudo disponer de numerosas fuerzas porque la segunda columna atacante había sido derrotada y totalmente paralizada su actuación y la tercera aún no había dado señales de vida.

Los árabes, con gran alarde de hombres y con su táctica de la media luna, lanzaron sus taifas al combate y en hábil maniobra envolvieron a las fuerzas cristianas, deslizándose por el monte del Castillo y ampliando sus alas por el «Anohueret» y «Penyalva»; esta maniobra tenía por objeto buscar el Chacó y deslizarse por el barranco homónimo, llegar a la «Horteta» y allí cortar la

retirada a los cristianos que luchaban por la posesión de la villa de Al-Azarch. Casi consiguieron su intento los sarracenos, y digo casi porque no contaron con la enérgica defensa de las huestes de D. Juan Garcés; cuando más delicada era la situación de los cristianos, entonces la tercera columna que estaba apostada en la «Ereta» vencía allí a los defensores moros y bajaba como un alud por Penyalva, las Minas de la terreta y el Frontó. Entonces se dió el caso de que los atacantes se vieron cercados.

Ya estaban en contacto todas las fuerzas en pugna. Los gritos de triunfo o de agonía resaltaban en discordante confusión por estos lugares. La muerte, ciega y fatigada, repartía los golpes de la segur a diestro y siniestro. Ante el empuje de esta tercera columna y la reacción que su ayuda produjo en la primera, los moros fueron casi cercados ya que la única puerta de escape que les quedaba era «la escolaora», único sitio por donde podían alcanzar el barranco y las laderas vecinas por donde subir al castillo. Cada minuto eran más las bajas moras y Al-Azarch, rodeado de su guardia personal dirigía sus fuerzas en medio de la contienda. Pero hubo un momento que ante el acoso de los cristianos, los moros oyeron la voz de «Sálvese el que pueda» sin saber de quién venía. Cundió entre ellos ese grito con todas sus fuerzas, como un relámpago, y volviendo la espalda corrieron en dirección a «la escolaora» apelando a desesperada fuga. Huyeron... sí, llenos de espanto. En aquel momento la segunda columna que había estado detenida en la fuente de la Cervera venía en ayuda de sus compañeros sitiados y descendía por la ladera de enfrente de «la escolaora», es decir, que cortaba a los moros el único escape del cerco. Gran confusión dominó entonces a los árabes que se lanzaron

como endemoniados a la busca del barranco, acosados por los cristianos. Casi todos salían despedidos, rodando hacia el barranco y los que llegaron allí con vida corrían atribulados buscando por dónde escapar. Se agarraban a las matas para subir, se derrumbaban de lo alto de las peñas, se arrastraban como serpientes por el suelo... Todo con tal de llegar al Castillo, pero ya entonces casi toda la fuerza mora dormía el sueño de la muerte, con la faz al cielo, en el fondo del barranco, cuyas aguas se tiñeron de color rojo y así continuaban.

Al-Azarch también pudo escapar y llegó a la fortaleza con los pocos que pudieron sobrevivir al desastre. El aspecto de todos los que pudieron llegar a la amplia plaza del Castillo era lo más desolador que puede imaginarse en un ejército en derrota. Con su pesimismo presentían ya el fin del dominio sarraceno en la Sierra de Espadán.

Al anoecer, el Valí de Alfandech, Amet Azard, se reintegró al Castillo con sus tropas, únicas que en sus posiciones de la fuente de la Cervera habían conseguido paralizar el ataque cristiano y con pocas bajas. Al llegar y enterarse del desastre indicó a Al-Azarch la conveniencia de someterse a D. Jaime, pero por toda contestación recibió un golpe de cimitarra que el caudillo le lanzó, iracundo y frenético. Entonces los peones a Amet, viendo herido a su jefe se lanzaron contra el Valí de Uxó y los suyos. A la luz de la luna se entabló en el castillo encarnizada lucha fratricida que por su superioridad numérica dió el triunfo a los de Alfandech y Al-Azarch fué muerto en ella con todos sus seguidores.

Ya sabéis curiosones, por qué se denomina «escolaora dels moros» a esa pendiente.»

